

Pro patria mori

(*El Correo*, 17. 04. 1994)

Hace pocos días un joven, destrozado por la misma bomba que portaba, moría por su patria vasca cuando probablemente se disponía a matar por ella. Una semana después, anónimos camaradas de aquel muchacho acababan con la vida de otro que, aun siendo vasco, no compartía al parecer la misma patria. Entre ambas estampas del horror, nacionalistas vascos de diversas confesiones celebraban su Día de la Patria, arengando unos a la violencia patriótica y otros justificando -a fin de cuentas- esta violencia. En medio de la carnicería o del griterío, ¿habrá un sitio para la palabra?

Porque del nacionalismo, acaso por su misma entraña irracional, se corea, se vocifera, se brama, se amenaza..., pero apenas se habla. Desde el cansancio hasta el miedo, de la incompetencia a la intolerancia, los motivos de ese silencio son varios. Tampoco se obtendrán mayores explicaciones de quienes, prendidos todavía de un inconsciente antifranquista, persuadidos de la absoluta nobleza de todo lo que moleste al señor gobernador, juzgan que cualquier protesta (desde la laboral hasta la ecologista) gana en razón arrojada en una causa nacional que están lejos de sentir o de saber fundar. Pero conviene reconocer que los más remisos al diálogo son precisamente los propios nacionalistas. Ese privilegiado *nosotros* que forman excluye de su comunicación a cualquier otro *ellos*, por principio enemigo o al menos sospechoso de serlo, que pretenda pedir la palabra. Y es que algo les dice que, en cuanto se expongan a la razón pública, comenzarían a admitir formar parte de una comunidad bastante más amplia que su comunidad nacional.

Pues es verdad que, para construir su identidad personal -y el ser humano no tiene tarea más propia-, cada uno habrá de contar por fuerza con esa otra identidad colectiva del pueblo o nación a los que pertenece. Y asimismo es cierto que, a la hora de dotarse de esta identidad nacional, cada pueblo tiene ante sí una tradición y rasgos culturales que le vienen ya dados por su propia historia. Así que nacemos en una nación

(de *nascor* , nacer), sí, pero sólo crecemos como hombres en la medida en que ensanchamos esas y otras fronteras naturales. Venimos al mundo insertos en la comunidad de los *padres* y nuestro sentimiento político más ingenuo es el patriótico, pero hoy seríamos unos pobres ciudadanos como nos instaláramos tan satisfechos en él.

De ahí que nada resulte más engañoso en el individuo que escapar de su primera responsabilidad de llegar a ser él mismo para cobijarse bajo el manto de ese ente colectivo que es la nación; ¿hacen otra cosa aquellos que, tal vez a falta de tronco sólido o frutos maduros, se deleitan escarbando en sus ancestrales raíces?. Y, después, nada más injusto para el conjunto de los sujetos nacionales que el verse privados de su libertad de escoger entre los aportes de la tradición los materiales con los que edificar su presente y futuro común. En un caso, la identidad personal habría quedado diluída en la nacional o suplantada por ella, como si el ser vasco (o navarro o español, igual da) pudiera constituir su rasgo más excelso y definitorio. En el otro, el ídolo-nación se arrogaría el derecho de dictar a los ciudadanos su destino colectivo, tal que si Euskadi (o España o Navarra) gozaran de una voluntad supraindividual y la comunidad de los muertos debiera gobernar la de los vivos. Ya es paradoja tener que forjar la independencia nacional al precio de la sumisión personal. Pero, lo sepan o no los nacionalistas, éstos son los pilares básicos de todo nacionalismo.

A partir de ellos, la ley oscura del parentesco pugnará por prevalecer sobre la ley de la razón, la comunidad de pertenencia sobre cualquier otro grupo de adopción, la solidaridad tribal por encima del sentido de la justicia, las emociones a costa de la reflexión; en suma, lo particular sobre lo universal. De tanto complacerse en lo peculiar y diferente, el nacionalista corre el riesgo de menospreciar lo común. Por eso no es exagerado sostener que el nacionalismo viene a ser una fe y, la nacionalista, una especie de conciencia mística. El mito de los orígenes, la santidad de los antepasados, la convicción de pueblo escogido, el territorio como espacio sagrado, la bondad de lo propio frente a la impureza de lo ajeno, la creencia en la sangre redentora de los mártires..., casi toda la doctrina nacionalista está poblada de fantasmas religiosos.

Así que, convertido en fuerza política, más que ofrecer un programa de acción para el futuro, el nacionalismo se limita a repetir las palabras rituales con las que recuperar un glorioso pasado que nunca existió. Se empeña en introducir categorías naturales y primitivas (*los de aquí / los de fuera*) en un espacio, el político, llamado justamente a contener los impulsos naturales y regirse por la decisión racional colectiva. Mientras no concurren otros factores, el nacionalismo es esencialmente *reaccionario* ... Y cuando esa nación invocada tiene mucho de ficticio, cuando carece de los suficientes fundamentos objetivos (raza, lengua propia mayoritaria, voluntad común), entonces la conciencia nacionalista -se diría que por compensación- tiende a exacerbarse. Que cada cual juzgue cuánto de todo ello conviene a los partidos nacionalistas vascos.

Por fortuna, y dígase lo que se quiera, los tiempos presentes no marchan al encuentro del nacionalismo. Fenómenos tales como el mercado mundial, la comunicación y el turismo de masas, el debilitamiento de las soberanías estatales, la masiva emigración de trabajadores y refugiados... contribuyen a difuminar paso a paso y sin remedio las entidades nacionales. Cada vez es más difícil aislar ese incontaminado *nosotros* respecto del *ellos* impuro con el que convive; cada vez cuesta más trabajo distinguir hasta dónde llega lo propio y dónde comienza lo ajeno. Las sociedades multinacionales y multiétnicas que se van formando requieren, en suma, lo que un pensador contemporáneo ha denominado *patriotismo constitucional*. Será ese talante político nacido del universalismo moral que, a fin de asegurar en el seno de un Estado la coexistencia y comunicación entre formas de vida diversas, se nutre ante todo de los postulados de la democracia y de los derechos humanos.

Entre nosotros habrá aún quien piense que el nacionalismo tan sólo es perverso cuando conduce al enfrentamiento armado. Mucho antes que eso, algunos venimos sospechando que todo nacionalismo -por tratar de lo pequeño- es una ideología minúscula; y que, si hoy parece que resucita, será que nos hemos vuelto humana y políticamente demasiado pequeños o que tal resurrección no tiene más propósito que empequeñecernos.

